

## PSICOLOGIA

Susel Amelia Domínguez Almaguer  
Dalgis López Santos

# Imaginario social de las relaciones de género en estudiantes de Psicología

### Resumen

El presente estudio demuestra a través de una valoración la relación que existe entre el Imaginario Social de las relaciones de género y el rol de agente de cambio, en una muestra de 15 estudiantes de cuarto año de psicología de la Universidad de Oriente, durante el año 2002. Las sesiones del Grupo Formativo arrojaron como principales resultados la existencia de un Imaginario Social cuya contradicción básica consiste en la coexistencia de significaciones instituidas e instituyentes predominando las primeras y sustentada en la no correspondencia entre el pensar el sentir y el actuar de estos estudiantes; lo que en relación con el rol de agente de cambio de las relaciones de género, no contribuye a su formación.

---

En la actualidad las relaciones de género han tomado gran interés para todos los que, especialistas o no estén relacionados

con el tema, ya que se han producido sobre todo en nuestro país grandes transformaciones que hacen posible la evolución de la conciencia social en este sentido con nuevos matices.

El presente estudio deriva de la necesidad de analizar lo que ocurre en los estudiosos de las subjetividades: los profesionales de la Psicología. Para ello valoramos la relación existente entre el Imaginario social de los estudiantes Psicología y su constitución como agentes de cambio, caracterizando la percepción que los mismos tienen de este rol, la autonomía y la preparación profesional de estos hombres y mujeres.

La utilización de una metodología cualitativa y el trabajo en tres sesiones con un Grupo Formativo, nos permitió valorar que la particularidad fundamental en el universo de significaciones de este grupo es la coexistencia de las viejas asignaciones instituidas y las nuevas instituyentes. Las primeras se actualizan en sus prácticas cotidianas de forma natural y en contradicción con los cambios que operan en la sociedad a partir del proceso revolucionario. Esta contradicción es expresada no a través del análisis de la realidad, sino mediante la expresión de sus vivencias y experiencias que reproducen la contradicción entre tales asignaciones, las cuales no llegan a articularse como ordenadores de sentido que promuevan la transformación de esa realidad.

El enganche entre lo tradicional y lo nuevo se manifiesta claramente en el ámbito de la preparación profesional, donde se acepta el proyecto personal de prepararse y desarrollarse profesionalmente en una relación de equidad para la mujer (dada la inserción de esta en el espacio público-laboral), pero con ciertos límites que suponen otros proyectos individuales o comportamientos cotidianos legitimados desde lo tradicional y asumidos sin cuestionamiento en el espacio privado, como es el caso de la relación de pareja, lugar en el que se experimentan enfrentamientos según el imaginario de este grupo, constituyendo así la principal área de conflicto para ellos.

La maternidad, el matrimonio y la domesticidad se perfilan como los obstáculos de la mujer para alcanzar el desarrollo profesional; estos se asimilan adquiriendo un carácter natural y obligatorio, que al asumirse son capaces de postergar otros proyectos. El ser mujer se asocia a ser esposa, madre y ama de casa como roles principales; en los que además debe ser buena para recibir la aceptación, el reconocimiento del otro e incluso el de ellas mismas. Al concebir estos papeles como lo esperado y al mismo tiempo limitantes para llevar a cabo otros intereses relacionados con el pleno desarrollo intelectual y adquisición de conocimientos (actualmente también esperados socialmente), genera en las mujeres sentimientos ambivalentes.

Los hombres por su parte no están conscientes de esto, pues para ellos estos obstáculos tienen un carácter natural e irresolubles y que la mujer los pueda asumir como se espera y que pueda insertarse además en el espacio profesional, también con buenos resultados, es un problema sólo de ellas, en el cual ellos no cuentan.

Otro elemento que caracteriza las significaciones imaginarias sociales es la presencia de fuertes sentidos de anclaje para la mujer, las cuales necesitan de los otros masculinos (fuente de reconocimiento y afirmación), pues son estos los que las valoran y narcisizan. Para sentirse queridas y aceptadas por él ostentan con orgullo cualidades tradicionales como servicial, comprensiva, atenta, cooperadora que las hacen actuar en función de los hombres satisfaciendo así la necesidad de sentirse imprescindibles en la vida de estos.

Se evidencian otras cualidades femeninas como aplicada, organizada, limpia, correcta y hacendosa, en las que subyacen algunas encubiertas como sumisa, dependiente, tolerante, dócil, todo lo cual está muy relacionado con el posicionamiento subjetivo aprendido para el desempeño en el ámbito privado. Si esto no se expresa de la misma forma en el terreno profesional, entonces es catalogada como poco inteligente, lo que no ocurre con los hombres. Ellos no necesitan de estas cualidades para desarrollarse con éxito en este terreno que siempre les

perteneció, más aún, no necesitan someterse a la aprobación de un "otro" para confirmar su valía.

Tienen concepciones arraigadas de que la mujer posee un potencial más bajo para ocupar cargos de dirección y las muchachas manifiestan una subestimación de sí mismas respecto a estas funciones y sus posibilidades de éxito.

Lo anteriormente expuesto nos confirma que subsisten creencias que legitiman la superficie superior invisible en la carrera laboral de las mujeres descrita por Bleichmar (1997) como "techo de cristal", lo que constituye un indicador diagnóstico en tanto pone límites en la preparación profesional de la mujer, debido a la presencia de obstáculos naturalizados en el imaginario instituido, que impiden el pleno desarrollo profesional, y que con nuevos matices se entrecruza con el rol de la supermujer, hecho este que invisibilizan por ser construido sobre la base de estereotipos sociales. En el ejercicio de la autonomía se vivencia la contradicción antes descrita e igualmente en la esfera de la relación de pareja.

Las féminas al asistir al espacio público logran cierto grado de autonomía que es concebido como independencia económica y por tanto las hace proveedoras. Sin embargo la autonomía desde el punto de vista de la toma de decisiones se vive como una posibilidad que le brinda su "otro significativo" (el hombre). Es así como sus proyectos individuales siguen dependiendo no de su capacidad para elegir con responsabilidad sino de lo que los otros le permitan alcanzar. Aparece nuevamente un sentido de anclaje, pues para ellas tomar decisiones individuales, disponer de su tiempo personal y satisfacer sus necesidades no debe contrastar con las actividades que le dan valor (ser buenas madres, atender a sus esposos y cumplir con las tareas domésticas), aunque tengan la *cooperación* de su pareja y proyectos de realización personal relacionados con otros ámbitos.

Los obstáculos identificados que dificultan la plena competencia personal en lo intelectual, relacional, cultural,

moral y sexual son propios de las mujeres y están básicamente relacionados con el otro, con ellas mismas y con los modelos preestablecidos socioculturalmente y que han aprehendido a través de la educación familiar. Los hombres en cambio, según la percepción de la mayoría del grupo, no sufren expropiaciones en su autonomía, pues no vivencian dificultades para lograrla y la perciben en tanto la autoridad y el poder que ejercen sobre la mujer. Sus prácticas tradicionales evidencian poca conciencia de cómo sus actitudes patriarcales extorsionan la autodeterminación femenina que ellos en su discurso aspiran en su pareja.

El indicador diagnóstico que se expresa en cuanto al ejercicio de la autonomía apunta a la desigualdad de posibilidades para la construcción autónoma de mujeres y hombres pues la mujer es la más privada para desempeñarse con plena suficiencia en los ámbitos de su vida, por limitaciones internas y externas que se arraigan desde lo instituido. Aunque hay que tener en cuenta es precisamente la mujer quien tiene mayor claridad de sus dificultades.

El mito de la *virilidad*, se enmascara simbólicamente en el espacio donde supuestamente es *protagonista* el *poder sexual masculino*, reafirmandose la sexualidad como uno de los emblemas identificatorios más fuertes, lo que se contrapone con los comportamientos observados, que declaran cierta complicidad con la mujer para el disfrute sexual donde es aceptado el interjuego de los roles activo-pasivo.

Del mismo modo se legalizan los mitos relacionados con las capacidades femeninas innatas para la domesticidad y el espacio privado como propiedad de la mujer, independientemente de que los hombres reconocen un papel de *ayuda*; término este que al mismo tiempo se ancla en lo instituido, pues su utilización tanto por hombres como por mujeres, distribuye los espacios desde el patriarcado.

Otro elemento importante es como se confirma el estereotipo tradicional que gesta una subjetividad femenina en clave

sentimental producida por el mito del amor romántico y en contraposición la cualidad racional de la subjetividad masculina.

En sentido general se exterioriza la vigencia de exigencias sociales para cualidades típicamente femeninas y masculinas las cuales se explicitan no sólo en el comportamiento sino también en el discurso.

En cuanto a los emergentes de cambio aparece nuevamente el carácter antagónico entre lo instituido y lo instituyente. Las mujeres se perciben como posible lugar de cambio (no así los hombres) y manifiestan la necesidad latente de revertir la situación actual de prejuicios y discriminación. Ellas proyectan deseos de bienestar en relación de paridad con el hombre sin rivalidades; tienen claridad en el cambio que desean en el otro y en que las transformaciones también las implican a ellas. Los hombres por su parte no reconocen las expropiaciones de que son objeto y en la confrontación de ideas se vislumbra una parcial conciencia de la necesidad de cambiar. Precisamente este género es el primero en asumir posiciones antagónicas, la parcial conciencia viene dada porque no aceptan el cambio que las mujeres exigen de ellos y el que urge en el desempeño de su propio rol. Además constantemente justifican su no cambio con las resistencias y miedos femeninos, o por el contrario con el carácter histórico de las asignaciones socioculturales tradicionales, lo que tiene para ellos una naturaleza irremediable e imposible de modificar. Según la clasificación de Luis Bonino (2001) estos hombres demuestran una actitud frente al cambio que se puede catalogar como ambivalente, limitándose a ver el cambio como una posibilidad satisfactoria, pero siendo sólo las féminas las protagonistas activas en este proceso.

Las resistencias para lograr el cambio no sólo se definen con la conformidad implícita con lo estipulado históricamente sino también con los miedos femeninos y masculinos de perder los elementos claves que definen su identidad. En ellas los aspectos que la narcisizan hasta ahora no son coherentes con sus

demandas y en ellos, su dominio y superioridad sobre su opuesto.

El conocimiento científico que aporta el estudio de la profesión, los dota de un *pensar* que no se corresponde con sus vivencias afectivas, pues provoca *sentimientos* de pérdida de identidad y por lo tanto no conlleva a experiencias prácticas y *actuaciones* coherentes con las necesidades instituyentes. La fuente de esta contradicción es su propia condición de estudiantes de psicología, ya que esto presupone la puesta en práctica del imaginario radical, el cual no llega a cristalizarse por la influencia que ha tenido y tiene la cultura tradicional, lo que genera malestar, incertidumbre y ansiedades. Mediante estos dispositivos se constata que el grupo se percibe como agentes de cambio sólo en el discurso.

Justamente esta situación no tributa a la eficiencia y eficacia de la labor profesional de agentes transformadores de las relaciones genéricas, ya que el Imaginario Instituyente no ha encontrado modos de instrumentarse. Aunque el grupo está consciente de que ser agentes de cambio es un papel a desempeñar como parte de su ejercicio profesional, aún no les queda claro cómo llegar a eso, pues para lograrlo deben enfrentarse a sus propias creencias y estereotipos arraigados de tal forma que acuden a posturas resistenciales como expresión del malestar que genera no poder cumplir con las exigencias de la profesión. Es por ello, que esto no se lleva a conflicto y en consecuencia podemos valorar que no se constituyen como agentes de cambio de las significaciones imaginarias instituidas, ya que este rol es percibido como contradicción entre el pensar-sentir y actuar. Para lograrlo necesitan no sólo de los conocimientos teóricos sino también de resortes vivenciales y prácticos en su propio actuar como géneros. La formación del profesional no cubre todas las necesidades e inquietudes que sobre el tema tienen los estudiantes, los cuales se sienten insatisfechos con el tratamiento que se le ofrece a la problemática desde las asignaturas recibidas, por lo que

consideramos que el tratamiento de este aspecto aún es insuficiente.

## **Bibliografía**

- 1- Ares Muzio, P., (1996): Virilidad, ¿Conocemos el costo de ser hombres?. Revista Sexología y Sociedad. Año 2. No 4.Cuba.
- 2- Bonino Méndez, L. (2001): Los varones frente al cambio de las mujeres, en Hombres por la igualdad. Excmo. Ayuntamiento de Jerez. Delegación de Salud y Género. Material en Internet.
- 3- Carril. E., (2001): Femenino/ Masculino. La pérdida de ideales y el duelo. Material digitalizado.
- 4- Cucco, M., (1990): Metodología de Intervención en la comunidad. El grupo formativo. Presentado en la II Jornada Internacional: Grupo, Psicoanálisis y Psicoterapia, en La Intervención Comunitaria desde la perspectiva de la metodología de los procesos correctores comunitarios, de Rebollar Sánchez, M., material en soporte magnético.
- 5- Dio Bleichmar, E., (1997): Del sexo al género, en revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para graduados. No 18. Buenos Aires.
- 6- Gilmore, D., (1990): Manhood in the making: Cultural concepts of masculinity. Yale University.
- 7- Kaufman, M., (2000): Masculinidad dominante, armadura que paraliza. Artículo publicado en Letra S. México.